619
A2
917
d
opy 1

A2
917
d
opy 1

MENSAJE DE GUERRA Y PROCLAMA DEL PRESIDENTE WILSON

DIVISION OF
LATIN AMERICAN AFFAIRS
MAY 20 1917
DEPARTMENT OF STATE

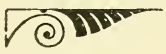
Guatemala, C. A.
Tipografía Nacional

Mensaje de Guerra y Proclama del Presidente Wilson

Discurso histórico pronunciado ante el Congreso de los Estados Unidos por

WOODROW WILSON

2 de abril de 1917



Publicado para el Chronicle de San Francisco por Paulo Elder y Cía.

SAN FRANCISCO, CAL.

GUATEMALA

TIPOGRAFÍA NACIONAL

1917

D619
.A2
1917c

By Transfer
AUG 10 1917

MENSAJE

de Guerra del Presidente Wilson, leído ante el Congreso de los Estados Unidos el 2 de abril de 1917

He convocado al Congreso a sesión extraordinaria porque hay serias, muy serias selecciones políticas que hacer inmediatamente, que no me era legal ni constitucionalmente permitido que yo tomase la responsabilidad de hacerlas.

El día 3 de febrero último expuse oficialmente a vuestra consideración la extraordinaria declaratoria del Gobierno Imperial Alemán, de que a partir del primero de febrero tenía el propósito de echar a un lado todas las restricciones de ley o de humanidad y hacer uso de sus submarinos para hundir todo barco que tratara de aproximarse a los puertos de la Gran Bretaña e Irlanda, o a las costas occidentales de Europa, o a cualquier otro puerto bajo poder de los enemigos de Alemania en el Mediterráneo.

Ese ha parecido ser el objeto de la campaña submarina alemana a principios de la guerra; pero desde abril del año pasado, el Gobierno Imperial había restringido en algo las órdenes a los comandantes de sus submarinos, de acuerdo con la promesa que nos dió, asegurando que los buques que llevasen pasajeros no serían hundidos y que se daría previo aviso a todos los otros barcos que sus submarinos intentasen destruir, cuando ninguna resistencia fuese hecha ni

intentaran huir, y se tendría cuidado de dar a las tripulaciones facilidades de salvar sus vidas en botes descubiertos.

Las precauciones tomadas fueron pocas y bastante azarosas, como fué comprobado en penosos casos en el desarrollo de su campaña cruel e inhumana; sin embargo se notó cierta moderación.

La nueva política hizo a un lado todas las restricciones. Barcos de todas clases, sin importar su bandera, su carácter, su carga, su destino ni su misión, fueron despiadadamente hundidos, sin previo aviso y sin compasión alguna para esos que iban a bordo de barcos de naciones amigas y neutrales, así como en los barcos de países beligerantes.

Aun los mismos barcos hospitales y barcos que le llevaban provisiones al dolorosamente despojado y maltratado pueblo belga, aun cuando estos últimos estaban provistos de salvo-conductos para atravesar las zonas prescritas por el mismo gobierno alemán, y se distinguían por inequívocas marcas de identificación, fueron hundidos con la misma falta de compasión o de principio.

Durante un poco de tiempo no pude creer que tales actos pudieran ser realizados por un gobierno que hasta aquí se había subscrito a las prácticas humanas de las naciones civilizadas.

La ley internacional tuvo su origen en el intento de establecer alguna ley que sería respetada y observada en los mares donde ninguna nación tiene derecho de dominio y que constituyen las comunicaciones libres del mundo.

Penosamente se ha ido haciendo por partes esa ley con resultados bastante pobres, en verdad, después de que completó todo aquello que podía ser completado, pero siempre con una clara perspectiva, por lo menos, de lo que el corazón y la conciencia humana demandaban.

Este mínimum de derecho el gobierno alemán lo ha puesto a un lado bajo el pretexto de represalia y necesidad, alegando no tener otras armas para usar en el océano excepto éstas, las cuales no es posible emplear de la manera que las está empleando sin hacer caso omiso de los escrúpulos de humanidad o de respeto por los acuerdos que eran supuestos como la razón fundamental del tráfico del mundo.

No estoy pensando ahora en la pérdida de la propiedad llevada a cabo, inmensa y seria como ésta es, sino en la destrucción licenciosa y en grande escala de las vidas de los no combatientes, hombres, mujeres y niños, ocupados en actuaciones que han sido siempre, aun en los períodos más oscuros de la historia moderna, consideradas inocentes y legítimas.

La propiedad perdida puede reponerse; las vidas de gente inocente y pacífica, no. La presente guerra es contra la humanidad. Es una guerra contra todas las naciones.

Los barcos americanos han sido hundidos, las vidas de americanos arrebatadas de una manera que nos ha conmovido hondamente, y además nos hemos enterado con sentimiento, que barcos y gente de otras naciones neutrales y amigas han sido igualmente hundidos en el mar.

No ha habido distinciones: el desafío es contra toda la humanidad; cada nación debe decidir por sí misma cómo va hacer frente a ello.

La selección que hagamos para nosotros, debe ser hecha con deliberada moderación y serenidad de juicio, propias de nuestro carácter y de nuestro motivo como nación.

Nosotros debemos ser ajenos a los sentimientos acalorados. Nuestra causa no tendrá por fundamento la venganza ni la victoriosa afirmación del poder físico de la República, sino solamente la vindicación del derecho humano del cual somos meros defensores.

Cuando me dirigí al Congreso el 26 de febrero último, creí que sería suficiente sostener nuestros derechos neutrales con las armas, nuestro derecho de usar los mares contra intervenciones ilegales, nuestro derecho de proteger nuestro pueblo contra violaciones.

Pero la neutralidad armada parece ahora que es impracticable, porque los submarinos son, en verdad, piratas cuando son empleados de la manera en que Alemania ha hecho uso de los suyos contra la navegación mercante. Es imposible defender a los barcos contra sus ataques, pues la ley de las naciones ha supuesto que los barcos mercantes se podían defender contra corsarios o cruceros y barcos visibles, dándoles caza en mar libre.

Es de común prudencia en tales circunstancias, de formidable necesidad, empeñarse en destruírlos antes que hayan demostrado sus propias intenciones. Si se va a luchar con ellos, hay que tratarlos con toda dureza al sólo verlos.

El gobierno alemán niega el derecho a los neutrales de usar armas en las zonas marítimas prohibidas, aun en el caso de defensa de los derechos que ningún publicista moderno ha discutido jamás.

La intimación está dirigida a los guardias armados que hemos puesto en los buques mercantes, quienes serán tratados como fuera del seno de la ley y juzgados como que si fuesen piratas. La neutralidad armada a lo mejor, es demasiado ineficaz; en estas circunstancias y al frente de tales pretensiones, es peor que ineficaz; es probable que produzca lo que se propuso prevenir; es casi seguro que nos hará entrar en la guerra sin que ni siquiera se nos concedan los derechos o la eficacia de los beligerantes.

Hay un camino que nosotros estamos incapacitados de seguir; no escogeremos la senda de sumisión ni permitiremos que los más sagrados derechos de nuestra nación y nuestro pueblo sean ignorados y violados. Los agravios que actualmente estamos sufriendo, no son simples agravios; cortan hasta las verdaderas raíces de la vida humana.

Con un sentido profundo del solemne y aun trágico carácter del paso que estoy dando y de las responsabilidades graves que envuelve, y obedeciendo resueltamente a lo que yo estimo mi deber constitucional, recomiendo que el Congreso defina la reciente conducta del Gobierno del Imperio Alemán, que es en realidad no menos que la guerra contra el Gobierno y Pueblo de los Estados Unidos; con toda solemnidad acepte el *status* de beligerante a que de este modo ha sido llevado, y que tome medidas inmediatas

no solamente poniendo la Nación en mayor estado de defensa, sino que también ejerza todos los poderes y emplee todos los recursos para hacer que el Gobierno del Imperio Alemán entre en términos para acabar la guerra.

Lo que esto envolverá es claro. Envolverá la más practicable cooperación en consejo y acción con los gobiernos actualmente en guerra con Alemania, y, como consecuencia, la concesión a esos gobiernos de los créditos financieros más liberales con el objeto de que nuestros recursos puedan ser, hasta donde sea posible, agregados a los suyos.

Envuelve la organización y movilización de todos los recursos materiales de la patria para suministrar elementos de guerra y llenar las necesidades incidentales de la nación por la vía más abundante y sin embargo la más económica y eficaz posible. Envuelve el inmediato y completo equipo de la marina en todos respectos, pero particularmente el suministro de los mejores medios de luchar contra los submarinos del enemigo. Envuelve el inmediato aumento de las fuerzas armadas de los Estados Unidos ya previsto por la ley en caso de guerra, a lo menos en 500,000 hombres, quienes deben en mi opinión ser escogidos según el principio del servicio universal, y también la autorización de subsecuentes adicionales incrementos de igual fuerza tan pronto como puedan ser necesitados y estar instruídos.

También comprenderá, naturalmente, la concesión de créditos adecuados al Gobierno, soportados, espero, tanto como puedan ser equitativamente soportados por

la actual generación, mediante un impuesto bien concebido. Digo soportados en tanto que sean equitativos como impuesto, porque me parece que sería malo basar los créditos que ahora serán necesarios, enteramente sobre dinero prestado. Es nuestro deber, y yo debo respetuosamente pedir su urgencia, dar protección a nuestro pueblo hasta donde nos sea posible contra las injusticias y perversidades que podrían probablemente surgir con motivo de la inflación originada por grandes empréstitos.

Llevando a cabo las medidas por las cuales estas cosas han de cumplirse debemos siempre tener presente la cordura de evitar que se entrabe nuestra propia preparación y el equipo de nuestras propias fuerzas militares, con el deber—que será muy práctico—de suministrar a las naciones hoy en guerra con Alemania los materiales que solamente pueden obtener de nosotros o mediante nuestra ayuda. Están en el teatro de la guerra y debemos ayudarlos con todos los medios que sean efectivos.

Me tomaré la libertad de proponer, mediante los varios departamentos ejecutivos del Gobierno, para la consideración de vuestros comités, medidas para el cumplimiento de los puntos que he mencionado. Espero que serán de vuestro agrado, ya que han sido estudiados muy cuidadosamente por el Departamento del Gobierno sobre el cual caerá la responsabilidad de dirigir la guerra y defender la Nación.

Mientras que hacemos estas cosas, estas cosas de tanta importancia, seamos francos y digamos muy claro a todo el mundo cuáles son nuestros motivos y nuestros objetos.

Mi propio criterio no ha salido fuera de su habitual y normal curso por los dolorosos sucesos de los pasados meses, y no creo que el concepto de la Nación haya sufrido por ello descrédito.

Sustento la misma opinión que tenía cuando me dirigí al Senado el veintidós de enero último; que es igual a la que tenía cuando me dirigí al Congreso el 3 y 26 de febrero.

Nuestro objeto, ahora como antes, es indicar los principios de paz y de justicia en la vida del mundo en contra de egoístas y autocráticos poderes, y de establecer entre los pueblos verdaderamente libres y que se gobiernan por sí propios tal concierto de propósito y de acción como sea necesario en el futuro para asegurar la observancia de esos principios.

La neutralidad no es posible ni deseable por más tiempo cuando la paz del mundo y la libertad de los pueblos están sujetas a gobiernos autocráticos sostenidos por fuerzas organizadas que son completamente dominadas por la voluntad de dichos gobiernos y no por la voluntad de sus pueblos.

Nosotros hemos visto el fin de la neutralidad en estas circunstancias. Estamos al comienzo de una edad en la cual se pedirá que las mismas leyes de conducta y de responsabilidad por ofensas sean observadas entre las naciones y sus gobiernos como son observadas entre los ciudadanos individuales de los estados civilizados.

Nosotros no tenemos disputa con el pueblo alemán. No tenemos otros sentimientos que no sean de simpatía y amistad. No fué bajo su impulso que el go-

bierno emprendió esta guerra; no fué con su previo conocimiento y aprobación.

Fué una guerra determinada como las guerras durante los tiempos antiguos, días tristes aquellos, cuando los pueblos no eran consultados por sus gobernantes y las guerras eran provocadas y consumidas por el interés de las dinastías, o de pequeños grupos de hombres ambiciosos que acostumbraban a usar a sus conciudadanos como esclavos e instrumentos.

Naciones gobernadas por sus pueblos no llenan sus estados vecinos con espías ni emplean la intriga para causar situaciones críticas que les den una oportunidad de atacar y conquistar.

Semejantes empresas pueden ser favorablemente ejecutadas, solamente encubiertas y donde nadie tenga el derecho de pedir explicaciones. Trazando astutamente planes de engaño o agresión, llevados quizás, de generación en generación, pueden ser ejecutados y defendidos de la publicidad solamente dentro de la reserva de los tribunales o encubiertos cuidadosamente en las confidencias de una reducida clase privilegiada, imposible donde la opinión pública rige e insiste, por amplia información, respecto a todos los asuntos nacionales.

Un determinado convenio para la paz nunca puede ser sostenido al menos que exista una asociación de naciones democráticas. A ningún gobierno autocrático puede confiársele crédito para sostener sus tratados. Deberá ser una liga de honor, una asociación de opinión.

La intriga de los gobiernos autocráticos destruirá el alma de tal liga internacional, por medio de las

conspiraciones dentro de los círculos estrechos en que ellos mismos se mueven y podrían ejecutar lo que se propusieran sin rendir cuentas a los pueblos que gobiernan.

Solamente los pueblos libres pueden mantener sus propósitos y su honor dirigiéndolos a una finalidad común, con preferencia de sus propios intereses.

¿No cree cada americano que la seguridad ha sido unida a nuestra esperanza para la futura paz del mundo por los hechos milagrosos que han sucedido en las últimas semanas en Rusia?

Los que conocían bien a Rusia sabían que siempre fué democrática de corazón en todas sus costumbres, en todas las relaciones íntimas de su pueblo, que su natural instinto indica su actitud habitual por la vida. La autocracia que coronó la cima de su estructura política, por tanto tiempo sostenida y terrible, no fué en realidad el carácter y propósito de la verdadera Rusia; y ahora ha sido sacudida y el grande y generoso pueblo ruso se ha unido con toda su majestad y poder a las fuerzas que están luchando por la libertad del mundo, para que reine la justicia y la paz.

Una de las cosas que han servido para convencerme de que la autocracia prusiana no fué ni ha podido nunca ser nuestra amiga, es porque desde el principio de la presente guerra ha invadido nuestras comunidades no sospechosas y hasta nuestras oficinas de gobierno con espías y tramando intrigas criminales donde quiera, en movimiento contra nuestra unidad nacional, nuestra paz, dentro y fuera, nuestras industrias y nuestro comercio.

En verdad, es evidente que sus espías estaban aquí aun antes de la guerra y no es desgraciadamente una causa de conjetura, sino un hecho probado en nuestras cortes de justicia, que las intrigas que existieron más de una vez, estuvieron peligrosamente cerca de perturbar la paz y dislocar las industrias del país. Los espías han sido dirigidos e instigados, bajo el apoyo y aun bajo la dirección de agentes oficiales del gobierno Imperial acreditado ante el Gobierno de los Estados Unidos.

Aun reprimiendo estas cosas y tratando de extirparlas, nosotros hemos tratado de poner la más generosa interpretación posible sobre ellas, porque sabíamos de dónde procedía su origen, no en ningún sentimiento o propósito hostil del pueblo alemán hacia nosotros (que estaba, sin duda, en la ignorancia como lo estábamos nosotros), sino solamente en las empresas egoístas de un gobierno que hacía lo que le parecía sin decir nada a su pueblo. Pero ellos han jugado su parte en convencernos al final que aquel gobierno no conserva verdaderamente amistad con nosotros e intenta por su conveniencia actuar en contra de nuestra paz y seguridad. Que piensa excitar a los enemigos en contra de nosotros aquí en nuestras meras puertas: la nota al Ministro alemán en México que fué interceptada, es de evidencia elocuente.

Aceptamos esta disputa de propósito hostil porque conocemos que semejante gobierno, siguiendo tales métodos, nunca podrá ser amigo; y en presencia de su poder organizado, siempre apoyándose en acechar

para efectuar, no sabemos cuál propósito, no puede haber seguridad para los gobiernos democráticos del mundo.

Estamos próximos a aceptar el reto de batalla con este enemigo natural de la libertad, y emplear, si es necesario, todas las fuerzas de la nación para sofocar y anular sus pretensiones y su poder. Estamos satisfechos ahora que hemos visto los actos sin disfraz de un falso pretexto; de pelear así por la última paz del mundo y por la libertad de sus pueblos, incluyendo el pueblo alemán; por el derecho de las naciones, grandes y pequeñas, y el privilegio de los hombres, para elegir su norma de vida y de obediencia. El mundo debe asegurarse para la libre democracia. La paz de él debe tener por base la libertad política. No tenemos ninguna finalidad egoísta a qué someternos. No deseamos conquistas, ni dominación. No perseguimos indemnización para nosotros ni compensación material por los sacrificios que hayamos de hacer por nuestra espontánea voluntad; solamente somos uno de los campeones de los derechos de la humanidad.

Estaremos satisfechos cuando esos derechos se hayan asegurado, tanto como la fe y la libertad de las naciones puedan hacerlo.

Por lo mismo que luchamos sin rencor y sin enemistad contra un pueblo, ni con el deseo de traerle ningún daño ni desventaja, sino solamente en oposición armada a un gobierno irresponsable que ha hecho a un lado todas las consideraciones de humanidad y de derecho y que está fuera de sí, estoy seguro de que

conduciremos nuestras operaciones como beligerantes sin pasión alguna.

Nosotros somos, permítaseme repetirlo, amigos sinceros del pueblo alemán; nadie desea tanto como nosotros el restablecimiento de relaciones íntimas, de mutuo interés; sin embargo será muy fuerte para ellos creer que esto está dicho de corazón. Hemos tolerado su actual gobierno durante todos estos amargos meses, debido a aquella amistad, con paciencia e indulgencia, ya que de otro modo hubiera sido imposible. Nosotros afortunadamente todavía tendremos una oportunidad para probar aquella amistad en nuestra cotidiana actitud y acciones hacia los millones de hombres y mujeres de nacimiento u origen alemán que viven entre nosotros y comparten nuestra vida, y estaremos muy orgullosos en probarle esto a todos los que sean en verdad leales a sus conciudadanos y a este Gobierno en la hora de prueba.

La mayor parte de ellos son tan leales y verdaderos americanos como si nunca hubiesen conocido otra fidelidad o lealtad.

Estarán prontos a prepararse con nosotros en censurar los pocos que puedan ser de diferentes ideas e intenciones.

Si llegase a haber deslealtad, se les tratará con mano firme y dura represión; pero si llegan a levantar su cabeza, será solamente aquí y allí y sin amparo, exceptuando el de unos pocos malos y fuera de la ley.

Es un deber penoso y abrumador, señores del Congreso, el que yo desempeño al dirigirme a vosotros. Habrá, puede ser, para los hijos de este país meses

de prueba y sacrificio. Es muy pavoroso llevar a este gran pueblo pacífico a la más terrible y desastrosa de todas las guerras. Parece como si la civilización estuviera en peligro. Pero el derecho es más precioso que la paz y lucharemos en defensa de los principios que nos son más caros y que llevamos arraigados en nuestros corazones—por la democracia, por el derecho de los que quieren que su autoridad halle eco en los gobiernos, por los derechos y libertades de las pequeñas naciones, por el dominio universal del derecho en el concierto de los pueblos libres que traerán la paz y la seguridad a todas las naciones, y hará que el mundo mismo al fin sea libre.

A tal obra dedicaremos nuestras vidas y nuestras fortunas, todo lo que somos y todo lo que tenemos, con el orgullo de esos que saben que ya llegó el día en que América tenga el privilegio de derramar su sangre y gastar su fuerza por los principios que le dieron nacimiento y felicidad y la paz que ella ha atesorado. Con la ayuda de Dios, no se puede proceder de otro modo.

PROCLAMA

del Presidente Wilson a sus conciudadanos, "apelando a todos, hombres, mujeres y niños, para que todos hablen, obren y sirvan juntos en esta prueba suprema."

En una proclama al país el Presidente Wilson dice cómo todos los gremios podrán ayudar a ganar la guerra.

Los finqueros.
Los manufactureros.
Los corredores.
Los clérigos.
Los empleados de ferrocarriles.
Los mineros.
Los comerciantes
Los constructores de barcos.
Las amas de casa.

El Presidente Wilson emitió anoche la siguiente proclama al pueblo Americano.

"Conciudadanos:

La entrada de nuestro muy querido país en la horrenda y terrible guerra por la democracia y los derechos humanos, que ha sacudido al mundo, hace surgir tantos problemas de la vida y acción nacional que espero que ustedes me permitirán que les dirija unas pocas palabras de honrado consejo y apelación con relación a ellos.

Estamos poniendo de una manera rápida a nuestra marina sobre un eficaz pie de guerra y estamos

ya para equipar un gran ejército; pero estas son las partes más simples de la gran obra a la cual nos hemos preparado. No hay ni un solo elemento egoísta, hasta donde yo puedo ver, en la causa por la cual peleamos.

Luchando por la humanidad.

Estamos luchando por lo que creemos y deseamos que sean los derechos de la humanidad y por la paz futura y la seguridad del mundo. Para hacer esto dignamente y con éxito nos tenemos que dedicar al servicio sin consideración a las ganancias o ventajas materiales y con una energía e inteligencia que llegará al nivel de la empresa misma. Debemos comprender plenamente lo grande que es la obra y cuantas cosas, cuantas clases y elementos de capacidad, de servicio y de sacrificios propios envuelve.

Éstas, entonces, son las cosas que debemos hacer, y de hacerlas bien además de pelear,—las cosas sin las cuales la pelea sola sería inútil.

Debemos surtir abundantes víveres no sólo para nosotros, para nuestros ejércitos y para nuestros marinos, sino también para una gran parte de las naciones con quienes ahora hemos hecho causa común, en cuyo apoyo y a cuyo lado debemos pelear.

Se necesitan cientos de barcos.

Debemos surtir con nuestros astilleros cientos de barcos para que lleven al otro lado del mar, submarinos o no submarinos, lo que será necesario allá, y materiales abundantes de nuestros campos y de nues-

tras minas y de nuestras fábricas con las cuales no sólo vestiremos y equiparemos a nuestras propias fuerzas en tierra y en el mar, sino también para vestir y mantener a nuestra gente por la que los valientes jóvenes que están bajo las armas ya no podrán trabajar; de ayudar a vestir y equipar a los ejércitos con quienes estamos cooperando en Europa, y de mantener a los telares y fábricas allí surtidos con el material en bruto; trabajar el carbón para mantener prendidos los fuegos en los barcos en el mar y en los hornos de cientos de fábricas del otro lado del mar; acero para fabricar armas y municiones aquí y allá; rieles para las vías férreas ya gastadas que se encuentran atrás de las líneas de fuego; locomotoras y material rodante para llenar el lugar de esas piezas que son destruídas diariamente; mulas, caballos y ganado para el trabajo y para el servicio militar; todo aquello con que la gente de Inglaterra, Francia, Italia y Rusia por lo general se han surtido por sí mismas, pero que ahora no lo pueden hacer por no poder disponer de los hombres, los materiales o las máquinas para hacerlo.

Es claro para todo hombre que piensa, que nuestras industrias, en las fincas, en los astilleros, en las minas, en las fábricas, deberán ser hechas más productivas y más eficaces que hasta ahora lo han sido y que deberán ser dirigidas más económicamente y mejor adaptadas a los requisitos particulares de nuestra obra que anteriormente; y lo que les quiero decir es que los hombres y las mujeres que dediquen sus pensamientos y sus energías a estas cosas le estarán sirviendo al país y luchando por la paz y la libertad tan

verdadera y eficazmente como los hombres que se encuentran en el campo de batalla o en las trincheras.

Las fuerzas industriales del país, los hombres lo mismo que las mujeres formarán un gran ejército de servicio nacional e internacional, un notable y respetado ejército ocupado en el servicio de la nación y del mundo, los eficaces amigos y salvadores de los hombres libres en todas partes.

Miles, ¡qué digo! cientos de miles de hombres de otra manera sujetos al servicio militar serán por derecho y necesidad separados del servicio y señalados a los trabajos fundamentales de mantención de los campos y de las fábricas y minas, formarán, por lo tanto, una parte de las grandes fuerzas patrióticas de la nación, como lo son los hombres que están bajo el fuego.

Dirige unas palabras a los finqueros.

Me tomo la libertad, por eso, de dirigirles estas palabras a los agricultores del país y a todos aquellos que trabajan en las fincas. La necesidad suprema de nuestra nación y de las naciones con quienes estamos cooperando es la abundancia de provisiones. El abastecimiento de víveres, especialmente para el año actual, es de capital importancia.

Sin la abundancia de víveres, lo mismo para los ejércitos que para los pueblos que están en guerra, toda la gran empresa en que hemos entrado a tomar parte se vendrá abajo y fracasará. Las reservas de alimentos en el mundo son pocas. No solamente durante la actual emergencia, sino durante algún tiempo

después de que haya venido la paz, nuestras propias gentes y una gran parte de la gente en Europa deberán contar con las cosechas de América.

De los agricultores de este país depende, pues, en gran parte, la suerte de la guerra y la suerte de las naciones. ¿No podrá, pues, la nación contar con que ellos no omitirán esfuerzo alguno para aumentar la producción de sus terrenos lograr la cooperación más eficaz en la venta y distribución de sus productos? El tiempo es corto.

Es de la mayor importancia que todo lo posible sea hecho y hecho inmediatamente para asegurar grandes cosechas. Me dirijo a los hombres jóvenes como también a los ancianos y a todos los niños capaces en el país de aceptar y obrar sobre este deber para que se dirijan en grandes partidas a las fincas y se aseguren de que no falte ningún paso ni ningún trabajo en este gran asunto.

Apela al Sur.

Apelo en particular a los agricultores del sur para que siembren abundantes cantidades de artículos de alimento como también el algodón. Ellos no podrán demostrar su patriotismo de ninguna manera mejor o de un modo más convencedor que en resistir a la gran tentación del actual precio del algodón y en ayudar, ayudar en gran escala, a alimentar a la nación y a las gentes en todas partes que están peleando por sus libertades y por la nuestra. La variedad de sus cosechas será la medida visible de la comprensión de su deber nacional.

El gobierno ayudará a los agricultores

El Gobierno de los Estados Unidos y los gobiernos de los varios Estados se encuentran listos a cooperar. Ellos harán todo lo posible para ayudar a los finqueros a obtener cantidades adecuadas de semillas, una fuerza adecuada de trabajadores cuando sean más necesitados, en el tiempo de la cosecha, y los medios de apresurar los envíos de fertilizadores y las máquinas agrícolas, como también de los productos mismos cuando sean cosechados. La vía del comercio estará lo menos impedida que se pueda, y no habrá manipulación incierta del abastecimiento de los víveres de la nación para los que los compran y los venden a los consumidores. Esta es vuestra oportunidad para demostrar la eficiencia de una gran democracia, y no nos quedaremos lejos de ello.

Esto, permítaseme decírselo a los corredores de toda clase, a los que están negociando con nuestros comestibles o nuestos materiales de manufactura o los productos de nuestros molinos y fábricas: los ojos del país estarán fijos especialmente sobre ustedes.

Aviso a los corredores

Esta es la oportunidad de ustedes en hacer un servicio señalado, eficaz y desinteresado. El país espera de ustedes, lo mismo que de todos los otros, olvidarse de las grandes ganancias, y organizar y apresurar los envíos de todas clases, pero especialmente los de víveres, con la mira hacia el servicio que uno está prestando y en el espíritu de esos que se enganchan en las filas, para defender a su gente y no

tanto a sí mismos. Yo espero que ustedes se harán merecedores y se ganarán la confianza de la gente de toda clase y de toda condición social.

A los hombres que manejan los ferrocarriles del país, sean los directores o los operarios, déjenme decirles que los ferrocarriles son las arterias de la vida nacional, y que sobre ellos descansa la inmensa responsabilidad de ver que esas arterias no sufran obstrucción de ninguna clase, que no haya falta de eficacia o decadencia del poder. Al comerciante déjenme que le proponga este lema: "Pequeñas ganancias y servicio rápido;" y al constructor de barcos el pensamiento de que la vida de la guerra depende de él. Los abastecimientos de víveres y de provisiones deberán ser conducidos a través del mar sin importar la cantidad de buques que sean echados a pique.

El lugar de estos barcos que son hundidos deberá ser ocupado, y ocupado inmediatamente por otros. Al minero le diré que se encuentra en el mismo lugar que ocupa el agricultor; el trabajo del mundo depende de él. Si deja de trabajar, los ejércitos y los hombres de Estado se encontrarán imposibilitados. Él también está enganchado en el gran ejército del servicio.

Cada huerta es una ayuda

Al manufacturero creo que no hay necesidad de decirle que la nación mira hacia él para que apresure y perfeccione todo procedimiento; y solamente quiero recordarles a sus empleados que su servicio es absolutamente indispensable y que con ellos cuentan todos los hombres que aman a su país y a sus libertades."

Dejadme decir, también, que todo aquel que cría o cultiva una huerta está ayudando, y ayudando mucho a resolver el problema de la alimentación de las naciones; y que toda ama de casa que practique la verdadera economía, se está colocando en las filas de esos que le están sirviendo a la nación. Esta es la hora en que la América se debía corregir de su error en hacer gastos inútiles y de la extravagancia que no merece perdón. Dejad que todo hombre y toda mujer se atribuya el deber del cuidadoso y prudente uso y gasto, como un deber público y como un dictado de patriotismo del que nadie podrá esperar jamás que sea perdonado por ignorancia.

Ha llegado la prueba suprema

En la esperanza de que esta declaración de las necesidades del país y del mundo en esta hora de crisis suprema estimule a aquellos a quienes les llegue, y que recuerde a todos los que necesiten ser recordados de los deberes solemnes de un tiempo como jamás ha conocido el mundo, les suplico a todos los editores y a todos los publicistas en todas partes que le den a esta apelación una publicación tan prominente y de tan extensa circulación como les sea posible.

Me permito decirles también, a todas las agencias de anuncios, que puede ser que le rindieran un servicio muy a tiempo y substancioso al país si ellos le dieran una extensa publicación. Y espero que los clérigos no pensarán que el tema de éste no es merecedor o que es un asunto inapropiado para el sermón o comento que sea dirigido desde el púlpito.

La prueba suprema de la Nación ha llegado. Todos debemos hablar, obrar y servir juntos!

WOODROW WILSON."

LIBRARY OF CONGRESS
0 020 915 820 6

LIBRARY OF CONGRESS
0 020 915 820 6